

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS

EXCEPTO LOS LUNES, DESDE SETIEMBRE PRÓXIMO.

Los números de Agosto gratis á los suscritores.

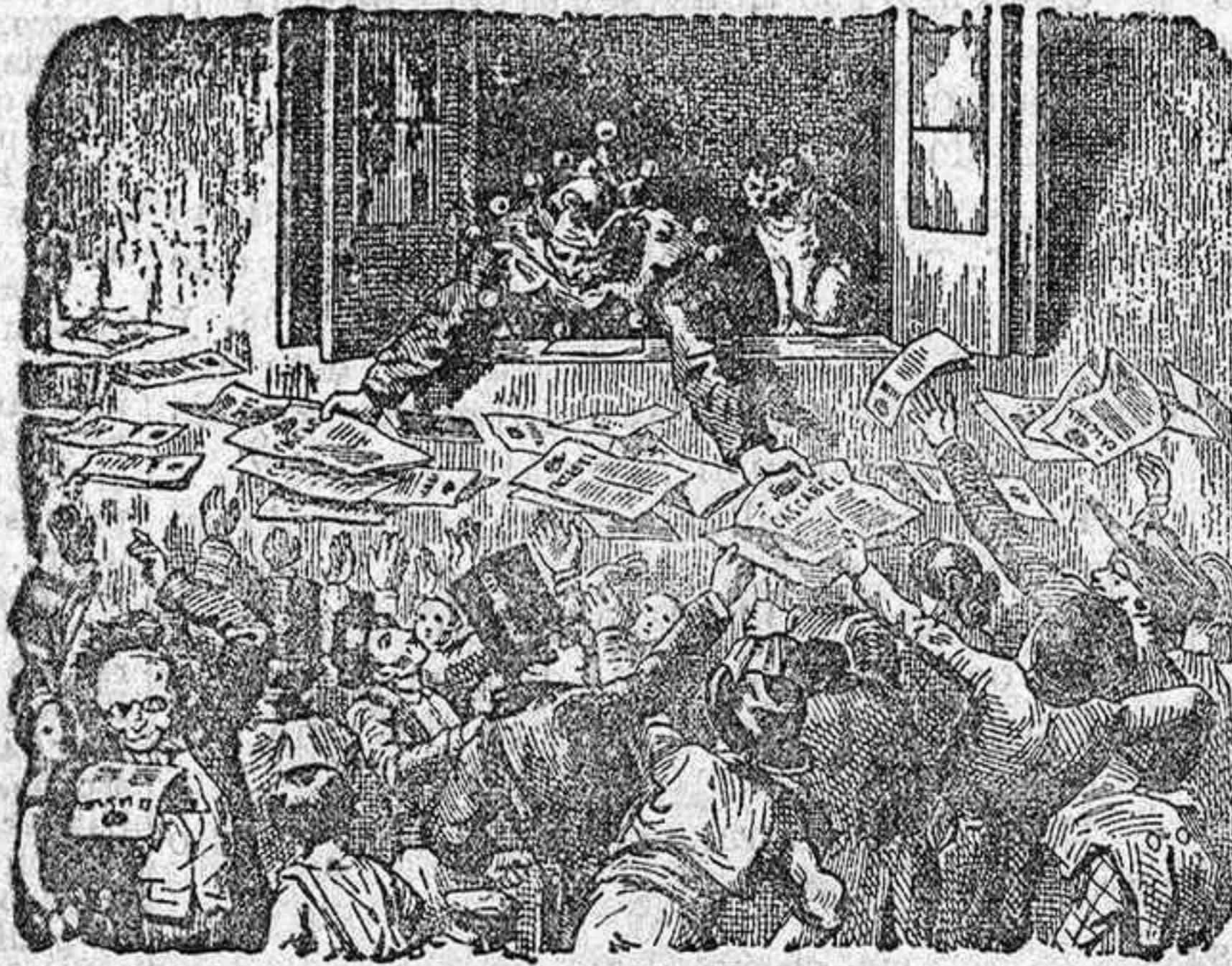
Recreo, moralidad, instruccion.

Cuadros de costumbres artículos humorísticos, cuentos, epigramas oportunidades, serbianzas charadas logogrifos, noticias útiles, noticias sónicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

M. V. P. -- Por un mes, 7 rs., por tres id. 20, por seis idem 38, y por un año 70.

P. -- Por un mes 8 rs., tres idem 23, seis idem 40, y un año 76.

DIRECCION. -- Caños, 4, bajo.



UN LIBRO DE REGALO CADA MES

Y UN ALMANAQUE ILUSTRADO CADA AÑO

á los señores suscritores.

Literatura, ciencias y artes.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instruccion pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO. -- Seis meses, 80 rs. y un año 150.

AMÉRICA. -- Seis meses 90 rs., y un año 170.

FILIPINAS. -- Seis meses 100 rs., y un año 180.

ADMINISTRACION. -- Caños, 4, bajo.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERNAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## CALLAR.

Parece que no hay nada más fácil que estar callado, toda vez que no se necesita hacer otra cosa que no hablar.

Y en efecto, callar es muy fácil, pero no hablar es lo más difícil que hay en el mundo, á no ser para el que tenga la desgracia de ser mudo.

Diga V. á una mujer:

— ¡Calla!

Y es lo mismo que si la dijera V:

— ¡Habla!

Y sin embargo, callar es ser prudente, y la prudencia es la que en el mundo contribuye más á la paz y á la amistad entre los hombres; es decir, contribuya, porque la prudencia es una de las virtudes que hace mucho tiempo ha mudado de domicilio, y nadie sabe dónde para.

Si la prudencia rigiera los destinos del mundo, ¿cuántos males se evitarían? La guerra sería una antigualla de la que no se hablaría ya mas que en historias y romances, y el que inventara un fusil de aguja, ó un cañon rayado, ú otro de esos instrumentos de guerra, que son obra del demonio, se comería los codos de hambre, porque su invencion sería completamente inútil, no teniendo ninguna aplicacion.

¡Pero sí, sí, buenas y gordas! ¡Bonitos somos los hombres para ser prudentes! Empezar VV. por considerar que no nos podemos ver unos á otros, y acaben por convenirse de que todos tenemos la misma dosis de vanidad, sin tener nada en qué fundarla, y hagan VV. el favor de decirme si puede así haber prudencia en el mundo.

Háganme VV. tambien el favor, ya que son VV. tan amables, de pensar qué paz tan octaviana habria en el mundo si todos callásemos, aplicándonos cada cual á nuestro oficio, sin meternos en los del vecino.

¿Pero qué hemos de callar?... Si se nos obligara á callar, es seguro que reventaríamos.

Lo mismo que sucede, pongo por caso, en la vecindad de una casa particular, sucede entre las naciones. En una casa particular, el no callar produce escándalo, insultos, murmuraciones y alguna que otra bofetada de cuello vuelto; entre los Estados, el no callar produce guerra, muertes, desolacion, ruina y el triunfo de los fusiles de aguja, ó de los cañones rayados, que es como si dijé-

ramos, el triunfo de la barbárie, porque ni padres descalzos me harán creer que la guerra no es una barbárie, impropia de las pretensiones de civilizado que tiene este siglo.

Si las esposas callasen algunas veces, ¿cuánto ganaria la tranquilidad del hogar doméstico!

Si un marido deja hablar á su mujer, y calla, y sufre, se le llevarán los demonios, pero en su casa no habrá escándalo. Es verdad que al que calla, cuando le pinchan, se le pudre la sangre; pero ejerce una gran virtud, y siempre tiene más razon el que calla, no d-biendo callar.

El que por la calle va callado, evita muchas eventualidades, que sería muy largo ir señalando. Lo mismo digo del que calla en el teatro, en el café, en todas partes.

De un hombre que calla, nunca se puede formar mal juicio de pronto, como se forma en seguida de un hombre que habla y dice mil tonterías y desatinos.

Un hombre puede pasar por sábio mucho tiempo sin dar otra señal de su sabiduría que callar, ó decir sí ó nó, ó ¿qué se yo? Pero este hombre llega á creer efectivamente que es sábio, y un dia habla, y aquel dia pierde su reputacion para siempre.

La cualidad que menos se disculpa en una criada, es que sea respondona, por aquello de que todos queremos hablar gordo á los demás, y no sufrimos que él nos hable gordo á nosotros. Una criada que tiene por costumbre callar, que no cuenta que recibe cartas perfumadas para el señor y papeletos para la señorita, ni publica que la

## LOS PASEOS.



EN LA MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PIO.



cuidado. La mujer que busca con quién casarse, lo mismo que el hombre, acaba por casarse fuera de sazón con cualquiera.

Dios nos ha destinado á cada cual una compañera, y á cada mujer un esposo que la honre y la proteja. Pero nadie encuentra á la que Dios le ha destinado cuando la busca, sino cuando Dios quiere.

El que la busca entre muchas, difícilmente da con ella; lo mismo que rara vez da la mujer con el marido que le conviene, cuando cree que le convendría cualquiera de los que ve.

—Pero hombre de Dios, preguntará el lector impaciente, si ha tenido paciencia para llegar hasta aquí, ¿con qué mujer ó con qué demonio se casa don José?

Un poco de paciencia, señores. Don José siguió buscando novia muchos años, cansado de vivir solo con una criada, —y gracias que ésta era una buena criada, que le cuidaba bien, y le guisaba primorosamente, en fin, una de esas criadas que todos quisieramos tener, y tenemos raras veces, fieles, limpias, modositas, trabajadoras; —pero no encontró mujer que le conviniese.

Un día miró á su criada, y vió que no era fea, y sobre todo, que si lo era, él estaba muy acostumbrado á verla, y le dijo que no era fea.

La buena mujer se rió, y oyendo que don José hablaba de que estaba solo en el mundo, se echó á llorar, y oyendo luego que don José la proponía casarse con ella, se tapó la cara con el delantal, se echó á los pies de su amo, y éste ¡qué había de hacer!... Ya era viejo, ya necesitaba una compañera que le sirviese y le cuidase, y ¡quién mejor que la criada!

Lo lastimoso fué, que desde que don José se casó con su criada, ésta dejó de ser criada, y ya no hubo nunca ni limpieza, ni economía, ni orden, ni buena cocina, ni cosa alguna buena en casa de don José.

CARTA

que han dirigido los cajistas de EL CASCABEL á su Director.

Señor don Carlos Frontaura, director de EL CASCABEL, con el mayor sentimiento saludamos hoy á usted. Con sentimiento decimos, porque, en efecto, así es, pues este mes ¡Dios nos valga! nos deja usted á media miel, con cuatro números solos.... Señor don Carlos, ¡qué mes! Aunque un mes pronto se pasa, largo nos va á parecer, que tenemos grande afecto al diario CASCABEL, que EL CASCABEL semanal nunca tan grato nos es, porque á la verdad, don Carlos, no da tan bien de comer, á los que en su casa ganan el pan con toda honradez. Esto, sin decirlo nadie, mejor lo conoce usted,

y aquí todos deseamos le prueben los baños bien, para que con nuevas fuerzas siga usted EL CASCABEL, que aunque el gato no se deje, al gato se ha de poner, y para nosotros nunca ha habido mejor papel. Con esta buena esperanza, aunque mengüe nuestro haber, pasaremos muy tranquilos este trisísimo mes, en el que cada ocho días saldrá el número una vez. Venga usted pronto, don Carlos, venga usted á esta Babel, que un año ya nos parece el tiempo que falta usted.... Con este afecto pagamos á quien nos paga tan bien, que sin atraso nos paga y evita darnos papel. Este mes cobramos poco, pero en fin, ¡cómo ha de ser! usted no cobrará nada y trabajará muy bien. Que venga pronto Setiembre, que no tarde es menester, y entonces á ver qué guapo puede con EL CASCABEL. Un consejo le daremos, y dispéñense usted: déjese usted de política, que es cosa muy triste á fé, con la que nadie se rie, sino que llora más bien, y es la risa y la alegría la misión de EL CASCABEL. Y con esto no cansamos hoy más la atención de usted.... Cuidese usted mucho, mucho, y vuelva usted pronto, á ver si nos da usted en Setiembre más trabajo que este mes, que somos agradecidos, como debemos de ser, el regente y los cajistas del festivo CASCABEL.

Madrid y Julio 1866.

CARTA DEL DIRECTOR A LOS CAJISTAS.

Muchachos, no tengais pena, no os faltará que comer, que aquí estoy yo, que muy pronto con vosotros estaré. Ya sabéis que yo os estimo, que os quiero y os quiero bien, y aunque tenga mala cara, y cuatro voces os dé, si me pedis la camisa,

en cuecos me habéis de ver. Pronto llegará Setiembre, y volverá EL CASCABEL á salir como salía, aunque pese á más de tres, y tendreis mucho trabajo, y os sobrará que comer, y que ceñar, y dinero para tomar un café, y asistir á la comedia, y para poder hacer un regalito á la novia, y una limosna también á los que están sin trabajo y no tienen que comer. En tanto, por Dios os pido que los números del mes que escribo en estas mocañas, me los corrigais muy bien. ¡Cuidado con las mentiras!... erratas no quiero ver, para que diga la gente, lo que una gran verdad es, que son muy buenos cajistas los que hacen EL CASCABEL. Muchachos, no hay que apurarse, que pronto se pasa un mes: creed que si llega un día que no tengais que comer, será porque yo no tenga qué, ni de qué, ni con qué. Mas no llegará ese día, no lo teneis que temer.... que el público nos da pruebas de que nos quiere muy bien, y nunca Dios abandona al Trabajo y la Honradez. Adios, chicos, hasta pronto, que alegres os vuelva á ver. Voy á la fuente del Higado, que ya van á dar las diez, y con el agua que beba por vosotros brindaré. Vuestro siempre El Director del festivo CASCABEL.

Panticosa y Agosto 1866.

CASCABELES.

El capitán general de Granada ha mandado que no se disparen fuegos artificiales sin permiso de la autoridad. Lo que es yo no los disparo, ni con permiso, ni sin él.

El secretario del gobierno civil de Zaragoza ha escrito una comedia llamada *El cáncer social*. Yo voy á escribir otra que se titule *Las viruelas del*

Luzbel al verse arrojado de los cielos. Yo nada entiendo de pinturas; pero por la sensacion que me causa, me parece que es el mejor que se ha presentado. —Y te parece bien, porque ese cuadro revela un gran genio; ¡ojá! que la parcialidad y la injusticia no hagan que sea un genio perdido para nuestra patria! —¿Quién será el autor? —Aquel jovencillo que está allí! dijo un caballero que se hallaba cerca de los dos interlocutores. —¿El más alto? —No: el más bajo. El otro es hermano suyo. —¿Debe ser desgraciado! Tiene el rostro tan pálido como el de su Luzbel. —Ese cuadro no vale nada, se apresuró á decir el que se habia introducido en la conversacion de los dos amigos. —¿No soy de vuestro parecer! —Veamos á quita dan razon los jueces. —Eso no significa nada. —¿Me interesa ese joven! exclamó el que se habia proclamado á sí mismo profano en pintura. ¡Ved cómo se tambalea!... ¡cómo corre el sudor por su frente! Si su hermano no le sostuviera, ya se habria caído al suelo. —¡Veamos, veamos, ya le toca su turno! Muchos debian ser los que se habian interesado por el jovencillo, por cuanto, durante la votacion, reinó en la sala el más profundo silencio. —Bolas negras, bolas negras, exclamaron por fin de todas partes. Estas palabras fueron acogidas con un sordo murmullo de descontento; pero pronto dominó el murmullo un grito desgarrador, que tuvo eco en todos los corazones. —Madre, ¡madre mia! habia gritado el jovencillo, cayendo desplomado al suelo. —¡Llévadle de aquí! dijo el presidente á dos ugieres, que ejecutaron su orden, arrastrando consigo al infeliz. Pero así que ésta hubo desaparecido, estalló un verdadero tumulto entre los concurrentes. —¡Esto es una infamia! gritaban los hombres, ¡el cuadro es de mucho mérito! —¿Se va á morir! decian las mujeres llorando; ¡está tan pálido, tan débil!... Y el pobrecillo invocaba á su madre! —¿Qué es esto? preguntó una joven, que entraba apurada en el brazo de un caballero.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPITULO VII.

(Continuacion.)

—¡Estais loco, Nicolás! exclamó Genoveva, corriendo hacia Claudio y ayudándole á levantarse.

Pero la cólera del arrebatado jovencillo se disipó repentinamente al ver la sangre que inundaba el rostro de su hermano.

—¡Cain, Cain! murmuró golpeándose el pecho y la cabeza.

Luego corrió á postrarse á los pies de Claudio, que estaba casi desmayado en los brazos de Genoveva, le cogió las manos, se las besó, diciendo entre sollozos:

—¡Perdóname, estaba loco! Ya sabes que á veces me vuelvo loco. Aunque ellos te acusan, yo creo en tí, hermano; yo te defenderé contra todos, mi querido hermano.

—Todo esto es muy bueno, dijo Cándida, pero entre tanto mi capa no parece....

—La justicia sabrá encontrarla, añadió Gámbara. Haced que vengan un par de municipales, y se concluirá la farsa.

—¡Preso! ¡preso yo por ladrón! exclamó dolorosamente Claudio; matadme ántes, matadme, ¡madre mia!...

—No te prenderán, hermano, dijo Nicolás con salvaje energía; para prenderte á ti debería yo estar muerto.

—¿Pensais que se pueden perder tres mil duros sin más ni más? gritó Mendoza enfurecido.

—Pasta, dijo Genoveva adelantándose en medio del círculo. Soy mayor de edad: el dote de mi madre me pertenece; yo respondo con mi dote de la cantidad robada.

—¡Tú! exclamó Mendoza.

—Yo, si. Yo me hago cargo de esa deuda, porque es

una deuda, y me reservo el derecho de perseguir ó perdonar á mi deudor.

—¡Genoveva! exclamaron ambos hermanos trasportados de gratitud y de entusiasmo.

—Si, si, dijo Nicolás corriendo á la mesa; una deuda, una deuda que nos obligamos á pagaros, si no se descubre el ladrón, hasta el postrer maravedí. Ven, Claudio; ven, ven, firma, firma....

Y le presentó el recibo, que acababa de extender rápidamente. Claudio lo firmó.

—¡Tomad, señora! exclamó Nicolás presentándoselo á Genoveva, y que el cielo os premie. Y nosotros, añadió dirigiéndose á su hermano, salgamos de aquí; salgamos para siempre de una casa en donde han podido dudar de tu honradez....

—¡No! dijo Eugenio, cogiendo la mano de Claudio, como para retenerle y protextar contra las palabras de Nicolás.

Pero éste estaba ciego de furor. Empujó bruscamente á Eugenio, y salió del aposento, arrastrando en pos de sí á su hermano, gritando con voz estentorea:

—¡Volvaremos cuando haya parecido el ladrón, ó cuando hayamos pagado nuestra deuda!...

CAPITULO VIII.

Era una alegre mañana del mes de Abril, y en la Academia de Bellas Artes tenia lugar un concurso público.

Los cuadros presentados eran muchos, y decoraban el salon en donde se celebraba aquel imponente acto, que debiera servir de tanto estímulo á la juventud aplicada.

En el testero de la sala estaba el grave presidente, sentado á una mesa cubierta con un tapete verde, y á sus dos lados los eminentes artistas que componian el jurado.

Un poco más abajo, y á la izquierda, los secretarios que tomaban acta de la sesion, y á la derecha los alumnos.

A los pies de la sala se agitaba el público, que en aquel día lo formaban los personajes más distinguidos de la córte, los cuales examinaban los cuadros, y por un natural espíritu de jactancia, se apresuraban á dar su voto, ántes de que lo pronunciasen los jueces competentes.

—Mira aquel ángel caído, dijo un joven, señalando á su compañero un gran cuadro de tintas sombrías, pero que expresaba admirablemente la desesperacion de

